AQUELLA ÉPOCA

Éramos cientos de compañeros. Todos con el pelo al rape y no recuerdo ningún detalle que nos distinguiera a unos de otros.

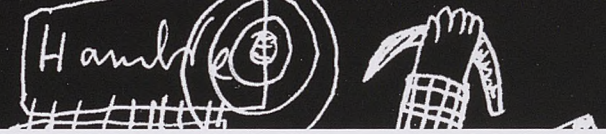
El frío, al colarse por las rendijas del pabellón, adoptaba forma corpórea y se movía por el pasillo entre dos hileras de camas. A veces, despedía mucho vapor y parecía no ser otra cosa que humo. Pero con frecuencia, desde la media noche hasta la madrugada, colgaban caramelos de hielo de su boca y de los agujeros de su nariz. El miedo que sentíamos al mirarlo no disminuyó con el tiempo. Temíamos que se nos acercara y nos diera conversación, aunque fuera de generosa amenidad. Más de una vez pretendió desprenderse de su capa blanca para abrigar a alguno de los desgraciados que nos refugiábamos allí. Pero aunque su ofrecimiento fuera de todo corazón, sin haberlo comprobado, sentíamos que el aceptarlo aumentaría nuestras penurias.

No era fácil esquivar el contacto físico del frío. Era simpático y con frecuencia nos contaba historietas entretenidas. Pero de frente no conseguía ahuyentar nuestro temor, aunque le viéramos sonreír ni tampoco al caminar de espaldas. Solo nos afirmábamos como personas delante de él cuando teníamos pequeños gestos de rebeldía como por ejemplo al abstenernos de estrechar su mano cuando nos la ofrecía. Cuando el frío estaba ausente, nos envolvía, sin escape posible, la presencia de los fantasmas a quienes había encargado que ocuparan su puesto. Nuestros sentidos testimoniaban que estaban allí y sin verlos sabíamos cuando llegaban. Y entonces cada uno de nosotros parecía quedar aislado de los demás. Ante su presencia nos sentíamos impotentes e incapaces de organizar algo encaminado a distraernos.

En las contadas ocasiones en que estuvimos algunos momentos a solas, porque el frío acababa de dejarnos y aún no habían acudido los fantasmas, sentíamos una sensación de abandono y crecía el desaliento. Aunque, a la vez, cada uno de nosotros parecíamos más reales y abrigábamos alguna esperanza.

Entonces había un principio de auténtica relación porque, cuando el frío nos acompañaba, vivíamos de cara a la realidad y nos sentíamos como embriagados. Si estas ocasiones hubieran sido más frecuentes, es probable que hubiéramos aprendido los nombres de los compañeros.

A propósito de esto creo recordar que no he probado el vino desde aquella época. Nunca he vuelto a encontrar a algún compañero de entonces, ni me ha llegado noticia de alguno. Entonces lo bebíamos todos.



En cuanto tenía libertad de movimiento echaba un sorbo de mi cantimplora. Nunca estaba vacía. Alguien se ocupaba de su limpieza y de rellenarla. Cuando no la tenía conmigo es posible que no echara de menos ni a la libertad ni al vino.

Es extraño que ahora recuerde cosas de los días pasados allí, no sé donde, y no recuerde nada anterior. A veces creo tener algún recuerdo personal pero muy pronto advierto que son recuerdos de lecturas. Cuando me asalta cualquier duda sobre el particular sonrío porque pienso que no tardaré en encontrar la fuente de mi equivocación. Así sucede y así vivo.

Aquella nave era de madera. Allí estábamos unos doscientos compañeros. Todos con el pelo rapado y sin detalle alguno que nos distinguiera. Es de suponer y tal lo creo que hubiera algún edificio supletorio en la parte norte. Solo había humedad en esa dirección. La luz entraba por las ventanas. Son recuerdos imprecisos pues de aquella época solo estoy seguro de lo referente al frío y a los fantasmas. La experiencia me ha demostrado que, hasta el presente, me he mantenido firme en mis convicciones, y debo pensar que estoy en lo cierto, pues si algo no puedo poner en duda es mi susceptibilidad. Desconfío de todo. Incluso entonces ya me ejercité en practicar aquella facultad, aunque de nada me valiera. En una ocasión se me ocurrió pensar que el frío no era tal personaje en cuanto frío, ya que alguien se enmascaraba en él y lo suplantaba. Discurriendo sobre el particular, imaginaba que tal vez, quien "representaba" al frío no estuviera allí solo para vigilarnos, que acaso simulara hacerlo y en realidad, nos protegiera, porque no tenía posibilidad de hacerlo de otro modo. Ahora vuelvo a pensar en esto y no consigo aclararlo. Lo cierto es que estoy fuera de esa situación, de la que no era posible salir por nosotros mismos. Solo una fuerza exterior pudiera auxiliarnos, pero no sabíamos de donde pudiera venir, ni siquiera por qué había de mostrar interés por nosotros. Nada conocíamos del exterior y no lo podíamos desear.

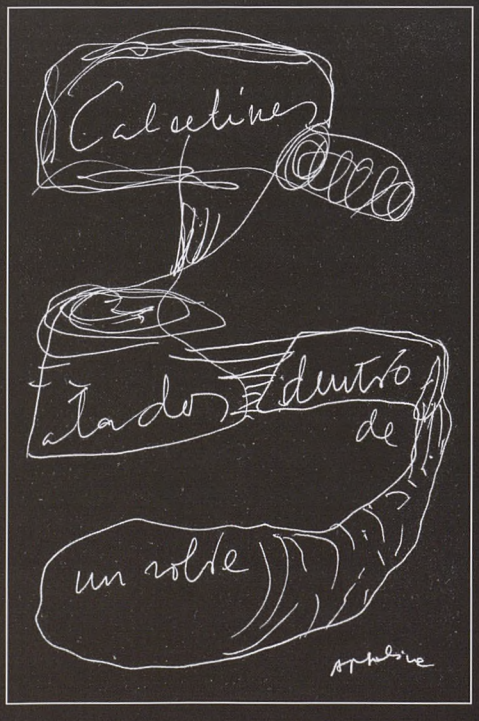
Aunque no está claro que no conociéramos nada porque el tener conciencia de nosotros mismos era relacionarnos de alguna manera con lo que había más allá de las paredes, si es que entonces había algo. Pensar que no hubiera nada es mucho imaginar.

El frío, cuando abandonaba la nave iría a algún lugar y de algún sitio vendrían los fantasmas. Aquella nave, que puedo recordar como un inmenso cajón, no iba a soportar todo el mundo posible. Nuestros pensamientos, los míos que son de los que doy testimonio, solo eran lúcidos en algún muy escaso momento. No sé la clase de solidez que tendrían los de mis compañeros. Aquella situación no facilitó la intimidad con ninguno. No he llegado a diferenciarlos, pero cada uno de ellos podría tener facultades diferentes. Algunas pudieran ser muy singulares. Nunca

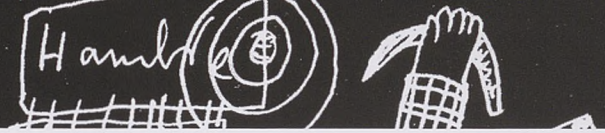
me creí el más importante de cuantos allí estábamos. De cualquier forma, algunas ideas he tenido de aquellos tiempos. Últimamente es como si me hubiera retirado de toda actividad especulativa. Si algo digo sobre estas cosas, es un comentario somero, sin pretender llegar al fondo, porque sé que nada voy a conseguir y ni siquiera voy a ilustrar a mis paisanos. Mi vida es una añoranza de algo que, si se repitiera, me haría desgraciado. Así estoy tranquilo, aunque aburrido, porque la ausencia del frío y de los fantasmas, ha quitado todo interés a cuanto me rodea. ¿Qué hay en torno a mí que no sea copia de alguna obra de arte, que no esté narrado de alguna manera? Nada, absolutamente nada. Ahí veo uno de los puntos difíciles de aclarar. Es difícil aclarar cualquier cosa. Vea usted, un botón, un simple botón, puede ser un problema insoluble. Allí no había problemas de esa naturaleza. Aunque hubiera otros problemas. Se puede admitir que todo era un problema, pero que esté resuelto o no, ahora tiene la misma importancia como el que, para un anciano, un día cualquiera, en su infancia, dejara de hacer los deberes escolares.

Los fantasmas lo llenaban todo. Su ausencia nos mantenía inquietos, los esperábamos y siempre acudían. Parece mentira que esas circunstancias hayan desaparecido. Ahora la libertad que ofrecen las cosas es una responsabilidad difícil de soportar...

El Suelo El Cielo El color del calor
El colorido del amor



Calcetines atados dentro de un roble



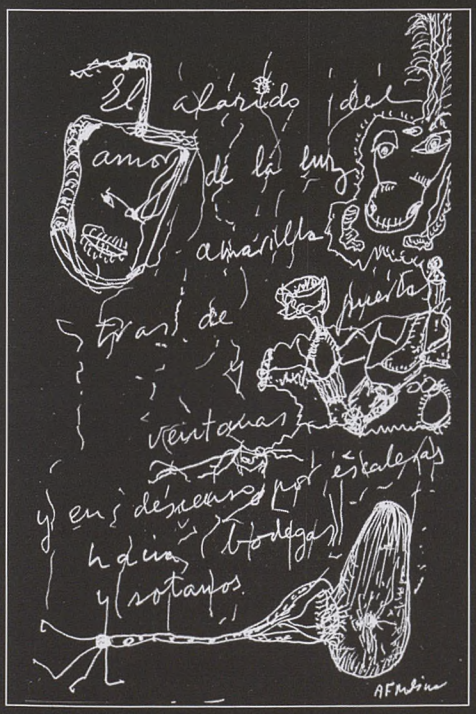
POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Seguías durmiendo y me coloqué tu peluca en lugar de la mía. También me puse los zapatos que me regalaste porque te cansaba su color y salí con ellos a la calle. En lugar de ir, como todos los días, a la cafetería de enfrente de casa para desayunar el acostumbrado doble de café con leche y mi ración de churros, hice lo que sueles hacer tú, marcharme a la taberna de la callejuela a comerme un buen bocadillo con un vaso de vino.

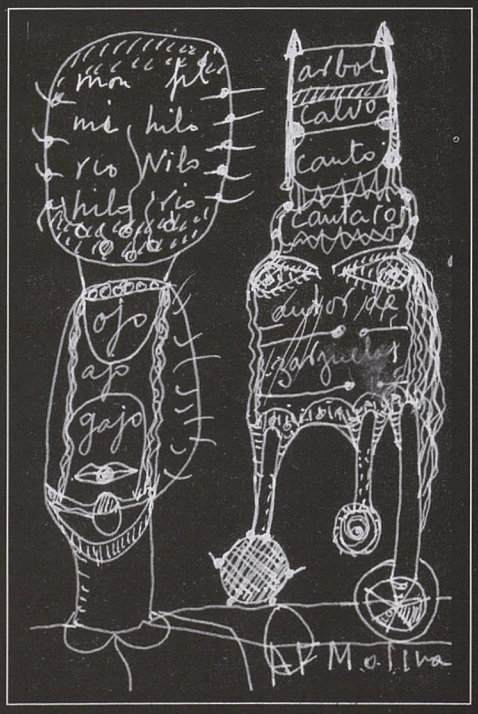
Después he ido de descubrimiento en descubrimiento. No sabía que sintieras horror de pisar las rayas de las baldosas cuando marchas por la calle, ni tampoco había advertido tu costumbre de morderte la punta de la lengua. Pero he salido ganando, con mucho. Tengo la impresión de que tu mirada es más perfecta, pues en la calle llego a leer con bastante facilidad los letreros que antes sólo distinguía de manera muy confusa. Cuando se te despierta el picor de las lombrices paso instantes molestos. No es fácil salir ganando en todo. Me siento tan fuerte como tú, me inunda el optimismo, tengo deseos de hacer muchas cosas y de disfrutar de la vida. Confieso que mi inteligencia no es tan aguda como antes pero me ha desaparecido esa sensación de angustia y de culpabilidad que entenebrecía mis pensamientos y mis instantes. Y el caso es que al principio no tenía ninguna fe en el resultado. Empecé por casualidad y seguí por inercia. Siempre has dormido bien. Entrabas con facilidad en el sueño y no te despertabas hasta por la mañana, con el tiempo justo para arreglarte. Sin embargo la primera vez que lo hice tuve miedo a despertarte. No duró mucho mi temor. No acusaste el pinchazo con ningún estremecimiento y me fue fácil ingerir los centímetros cúbicos de sangre que indica el manual.

En él se dice que, con frecuencia, antes de un mes se producen los efectos. Aunque lo haya conseguido, no creí que se tratara de otra cosa que de una patraña que tampoco tenía ningún interés en desenmascarar. Lo he hecho porque sí, aunque la verdad es que ahora me alegro. El caso es que quince días, quizá un poco escasos, han sido suficientes. En cuanto he caído en la cuenta de que ya se producían los efectos en el día de hoy, ha resultado mucho más divertido. Tu manera de ser, tu salud y tu inteligencia se cobijan en mi cuerpo y, sin dejar de ser yo, de algún modo, soy tú. Efectivamente siempre has dormido muy bien y ahora cualquiera puede pensar que duermes. Yo sé que no. No tengo seguridad, sin embargo, de si me oyes de algún modo y de si llega mi perorata, a tu conciencia. El caso es que si, como es totalmente seguro, se sigue cumpliendo lo que el

manual dice, mañana de tí no quedará nada más que una especie de saco de papel sucio, completamente arrugado, y no planteará ningún problema. Yo disfrutaré de tu salud, y, cuando decaiga, me las arreglaré para hacer en otra persona, elegida cuidadosamente, lo que he hecho contigo. Y seguiré así, una vez tras otra, por los siglos de los siglos.



El alarido del amor de la luz amarilla tras de las puertas y ventanas y en descenso por escaleras hacia bodegas y sótanos



1. mon fil mi hijo rio Nilo hilo rio ojo ajo gajo
2. árbol calvo canto cantaro autor de zarzuela

EDELMIRA CONSTANCIA

Aún era muy temprano. La luz crecía inevitable y lenta. La mesilla dominaba su impaciencia. El agua parecía dormir en el vaso con metódica languidez. Un sable caliente sesteaba a su lado como larga tibia de algodonoso cristal. Las uñas de sus pies acariciaban el agujero de la sábana.

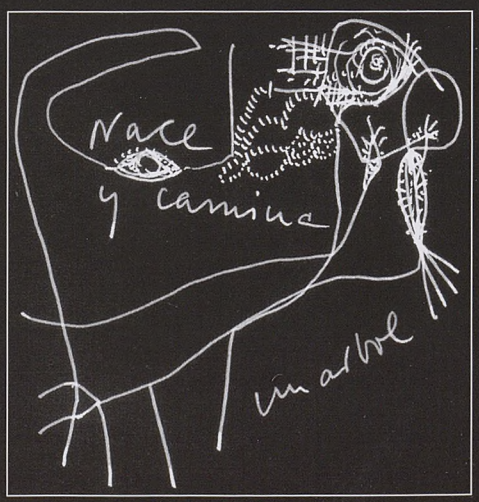
Despertó. Sus pupilas, reflejadas en el espejo del aparador, se movieron al modo de ratoncillos impacientes.

- ¿Me llamo Constancia -pensó- o el sueño me ha estampillado ese apellido?

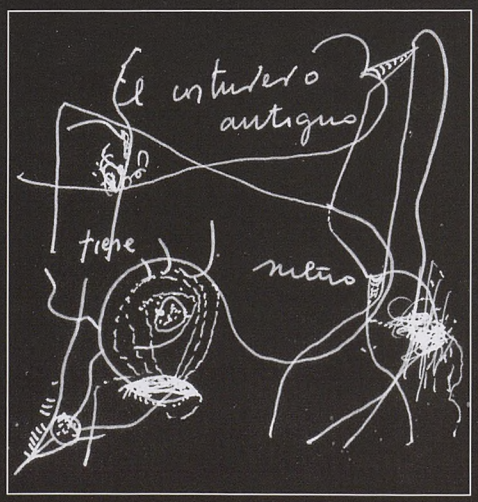
En efecto, se llamaba Edelmira Constancia aunque las nieblas del sueño desdibujaran las letras.

Por unos instantes volvió a perderse en el más allá. Rodeada de justas proporciones de cálido oxígeno, sus brazos y sus piernas parecían flotar junto al fondo de un no mar no húmedo.

De repente ascendió hacia el techo. Y, allí, cual convertida en pálida imagen de sí misma, permanecía pegada a modo de envejecida calcomanía, rodeada de una orla con motivos ornamentales.



Nace y camina un árbol



el costurero antiguo tiene sueño